

SOPA DE LIBROS

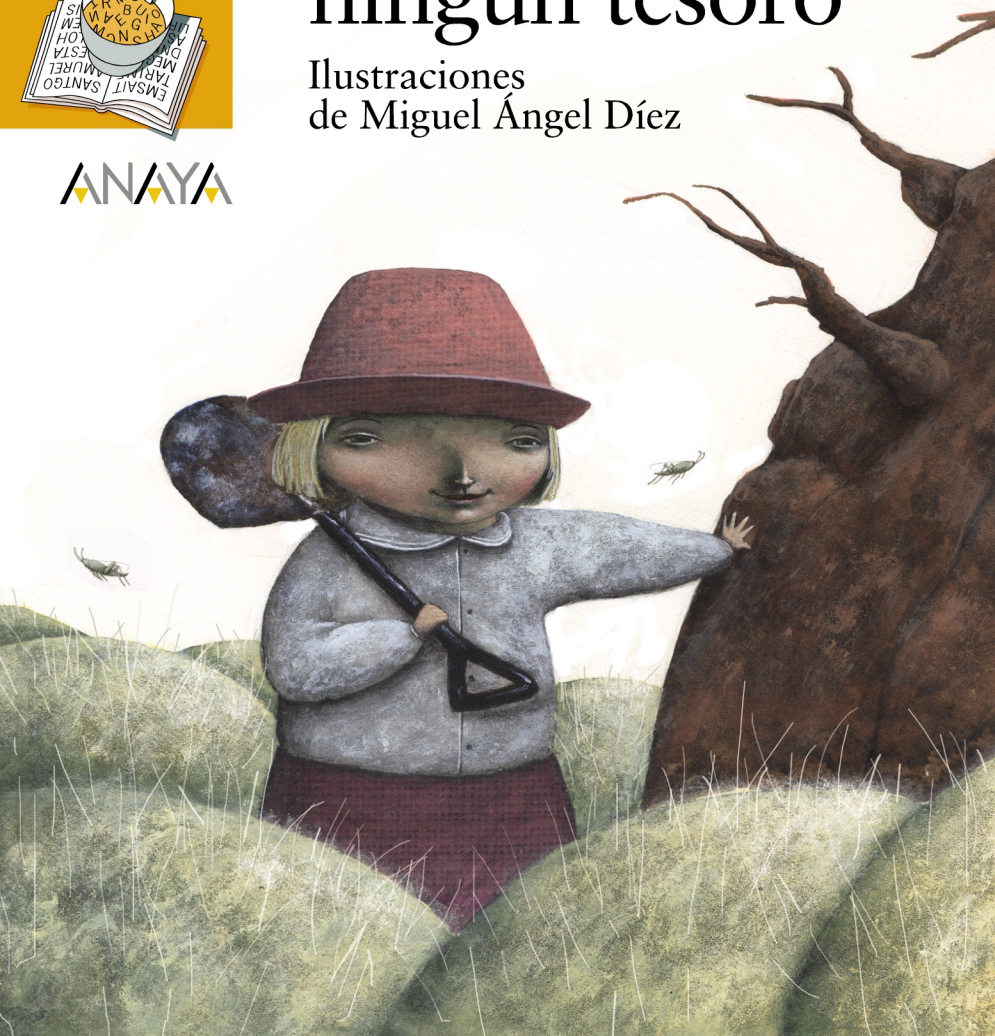
Pablo Albo

# Debajo de la higuera no hay ningún tesoro

Ilustraciones  
de Miguel Ángel Díez



ANAYA





Cuando mi abuelo me da un beso me recuerda a las matas de pinchos que rodean su casa.

Él dice que vive en medio de un bosque. Es mentira. Lo que pasa es que no cuida el jardín. Bueno, no es un jardín. Lo único que crece por allí son matorrales silvestres.

La casa de mi abuelo parece una isla en medio de aquel mar de hierba.

No recuerdo cuál fue el motivo que me llevó aquella tarde a visitarle, pero sí que me sentía como una exploradora al verme con un palo abriéndome paso entre aquella maleza que empezaba a cubrir el camino.

A los saltamontes no les hacía ninguna gracia, pero era la única manera que tenía de pasar sin pincharme. Saltaban de un lado al otro del camino enfadados por mis golpes.



Yo los esquivaba diciendo:  
«Perdón, señor saltamontes»;  
«Disculpe, señora saltamontes,  
debo pasar» (algún día te contaré  
cómo distingo los saltamontes  
macho de las hembras).

10 Cuando llegué a la puerta  
llamé al timbre como si se  
estuviera quemando el monte,  
como si hubiera un terremoto,  
como si me persiguieran los  
perros salvajes de Mariano,  
como una loca.

Cuando oí los quejidos de  
las bisagras al empezar a abrirse  
la puerta, me puse en alerta.

Sabía que mi abuelo intentaría  
darme un beso. Era difícil, pero  
a veces conseguía librarme.  
Esquivar a los saltamontes me  
había servido de entrenamiento.



Apareció mi abuelo. Su boca parecía una isla en medio de aquel mar de pelo pinchoso.

—¿Es que se está quemando el monte? ¿Es que hay un terremoto? ¿Es que se han escapado los perros de Mariano? ¿Te has vuelto loca? ¿No puedes tocar el timbre de otra manera? —dijo con su voz ronca.

Esquivé sus perdigones que se me venían encima como saltamontes y aproveché la bronca de mi abuelo para colarme en su casa librándome del beso.

Una vez dentro, para distraerle, empecé con nuestra conversación habitual.



—Hola, abuelo. ¿Cómo estás?

—¿Yo? Contento.

—¿Y tú por qué estás contento?

—Porque has venido a verme.

¿Y tú cómo estás?

—¿Yo? Contenta.

—¿Y tú por qué estás contenta?

—Yo estoy contenta porque tú estás contento de que haya venido a verte.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues yo estoy más contento.

—¿Tú, más contento, por qué?

—Yo estoy más contento porque tú estás contenta de que yo esté contento de que hayas venido a verme.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues entonces yo también estoy más contenta.

—¿Tú, por qué?

—Yo estoy más contenta de que tú estés más contento de que yo esté contenta de que tú estés contento porque he venido a verte.

—Pues me *alergo*.

Sí, dijo «me *alergo*»; es que a veces cambia las letras de sitio. Sobre todo las erres. Fue muy viajero y escuchó muchos idiomas. Siempre dice que las palabras se ríen de él y le salen de la boca como les da la gana.

—¿De qué te *alergas*, abuelo?

—Me *alergo* de que tú estés más contenta de que yo esté más

contento de que tú estés contenta  
de que yo esté contento porque  
has venido a verme.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues yo me *alergo* de que tú  
te *alergues* de que yo esté más  
contenta de que tú estés más  
contento de que yo esté contenta  
de que tú estés contento porque  
he venido a verte.

En este punto mi abuelo  
siempre se liaba. Sabía que no  
era capaz de repetirlo. Y como  
todos los adultos cuando se lían  
te mandan a hacer algo... Ese día  
mi abuelo me mandó a por  
el pan. Concretamente dijo:

—¡Corre a por el pan!

Fue así como empezaron todos  
los acontecimientos extraños y  
las situaciones peligrosas en las  
que me vi envuelta sin quererlo.

